

la clase media como alternativa de la vía socialista

(algunas contribuciones al estudio del problema)

HORACIO LABASTIDA

Acudiremos desde luego a dos de los antecedentes de mayor importancia en el estudio de la clase media contemporánea y de la función que aparentemente desempeña en los países industriales más avanzados y en aquellos que han iniciado su desarrollo.

El primero de ellos se refiere a la caracterización de dicho sector de la población cuando emerge y se define en el largo periodo que va desde las postrimerías de la Edad Media hasta la segunda mitad del siglo XIX. El otro antecedente hay que localizarlo en la crisis de 1929 y sus efectos en las estructuras económicas, sociales y políticas de las sociedades de nuestro tiempo. Estas reflexiones seguramente nos facilitarán una más precisa inteligencia de las actuales clases medias y del papel que juegan en la comunidad donde constituyen hoy eventuales y quizá artificiosas alternativas a los cambios sugeridos por quienes esperan el establecimiento de la sociedad socialista y comunista.

La nueva clase media, bien distinta de la que se cultivó en los burgos de la antigüedad y que enfrentó a la nobleza feudal, resulta aparentemente un hecho desconcertante por cuanto que distintas corrientes sociológicas la contemplan como un obstáculo en el cambio radical de la sociedad. Este es el caso, por ejemplo, de la doctrina crítica que ha cultivado la escuela pesimista, principalmente en Alemania, y a la que pertenecen investigadores tan destacados como Marcuse y Adorno.¹

¹ Un estudio completo de esas doctrinas en G. E. Rusconi, *Teoría crítica de la sociedad*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1969.

La antigua clase media

John Raynor señala que posiblemente la expresión “clase media” apareció por primera vez anotada en el Oxford English Dictionary de 1812;² pero la verdad es que el “hecho” de la clase media se remonta a la aparición de los burgos en la Edad Media europea y está unida al proceso capitalista que principia en el comercio de entonces y asciende hasta la sociedad industrial del presente.

La relación señorío-servidumbre, propia del sistema feudal, encontró una aguda excepción en las ciudades medievales donde se agruparon, cada vez con mayor poderío, los comerciantes, artesanos y banqueros apoyados en una infraestructura económica distinta de la feudal y que significaría en poco tiempo la principal contradicción de la nobleza tradicional. El fenómeno histórico ha sido bien estudiado. En las áreas feudales ocurrieron transformaciones que generaron el burgo y sus peculiaridades sociales y políticas. El cambio fue impulsado, entre otras causas, por el crecimiento de una demanda influenciada por la aparición de nuevos mercados en el oriente, el flujo de los metales preciosos y los descubrimientos y colonización de extensas zonas en Asia, África y América.

Desde luego se registraron cambios cualitativos en la actividad feudal. Sus requerimientos provocaron la especialización en la elaboración de diversos instru-

² John Raynor. *The Middle Class*, London, Longmans, 1969, p. 1.

mentos de trabajo y ciertos bienes finales, y por ello algunos campesinos se desocuparon de la agricultura y concentraron su esfuerzo en la producción de herramientas y otros objetos que se consumían en el incipiente mercado, como sucedió en las artesanías de textiles, la cerámica y los oficios de armas, adornos y bienes de uso doméstico.

La artesanía siempre se vio sujeta a las fluctuaciones de la demanda que explican la evolución y cambios cualitativos y cuantitativos que la llevaron al estadio de las manufacturas. De la primitiva artesanía doméstica se pasó al taller de maestros y aprendices. El taller era a la vez un centro de trabajo y una institución docente limitada por reglamentos muy detallados que impedían el exceso en la producción y los cambios en los precios del producto. Los reglamentos de gremios y artesanías fueron verdaderas medidas anticíclicas que restringieron la proliferación de talleres y redujeron, por tanto, el ingreso de los aprendices en la posición de maestro.

En los orígenes de la artesanía, el simple trueque o intercambio de valores de uso limitó las operaciones de mercado; después el intercambio entre productores y consumidores mediatos e inmediatos fue un acto comercial en el cual el intermediario traficaba con el bien por su valor de cambio; es decir, en cuanto que tal bien o servicio era una verdadera mercancía y su precio la expresión, es cierto que deformada, de dicho valor. Éstas fueron las condiciones que se reunieron en la conformación histórica del comerciante como figura apenas insinuada en el contexto de las relaciones feudales.

El estudio de las correlaciones entre artesanía y comercio exhibe con claridad las profundas transformaciones que sufrieron ambas instituciones. Señalaremos algunos de estos aspectos en beneficio de la inteligencia del problema. Una de las causas que aceleraron el fin de la era feudal fue el asentamiento de los comerciantes en ciudades que protegieran sus riquezas y les aseguraran un gobierno independiente del señorío real. La feria migrante de las primeras épocas, organizada para atraerse una clientela adicional a la nobleza, fue sustituida por una ciudad que amparaba a su población contra la indiscriminada y excesiva explotación feudal. Para prevenir los ataques sorpresivos, se amurallaron las zonas citadinas y se alquilaron mercenarios que enfrentarían la violencia de las milicias del feudo. La ciudad se originó así como un territorio mar-

ginal a la jurisdicción de la nobleza y, por tanto, ajena al gobierno fundado en el "derecho divino de los reyes"; y así fue como la ciudad acogió y otorgó protección a quienes huían del avasallamiento impuesto por la nobleza.

La ciudad feudal incrementó pronto su población con los inmigrantes del campo, entre los cuales contaron en forma peculiar artesanos escapados del feudo e instalados ahora en un medio más conveniente a la producción, la regulación del mercado y la agilidad en las transacciones mercantiles.³ Las negociaciones entre comerciantes y artesanos encontraron fórmulas equilibradoras en el juego de su mutuo interés hasta el momento en que la expansión de la demanda generó contradicciones que quebrantaron la frágil armonía preestablecida en los reglamentos gremiales tan criticados, desde hacía tiempo, por los partidarios a una mayor producción y libertad en las operaciones mercantiles. El conflicto, que afectó a las estructuras del sistema, se resolvió al fin en favor del comerciante y de los agudos cambios que se introdujeron en las artesanías. Estos aspectos, por otra parte, constituyeron etapas preliminares en el desarrollo del capitalismo mercantil y manufacturero. El trabajo de maestros y aprendices implicaba la elaboración individual del producto desde las primeras manipulaciones hasta el acabado del bien; además, las materias primas, el capital y la fuerza de trabajo, eran propias del maestro y en consecuencia también el producto final hasta el instante de consumirlo o venderlo al comerciante. La labor del aprendiz era compensada con la instrucción y en ocasiones con la alimentación y la habitación que se ofrecía en el taller, y en su calidad de miembro de la artesanía veía limitada su posibilidad de independencia en los reglamentos que obstaculizaban la proliferación de maestros y talleres. Esta compleja situación asfixiaba sin duda la expansión mercantil y la productividad de la artesanía.

Pronto fue roto el círculo vicioso del sistema gremial. Para garantizarse una producción satisfactoria el comerciante indujo al maestro a transformar las relaciones artesanales de producción. El comerciante aportó el capital necesario al mejoramiento y ampliación del equipo tecnológico artesanal y a la compra de fuerza de

³ Estas y otras cuestiones relacionadas con la decadencia feudal y el nacimiento de las ciudades en M. Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, London, Routledge and Kegan (6th impresión), 1959, pp. 33 y ss.

trabajo que se requiriese, generándose así una división del trabajo que eliminó la operación individual en el procesamiento y acabado del producto.

Veamos el significado de esos cambios en las relaciones gremiales y en las funciones cumplidas por los miembros del gremio.

En la artesanía clásica el maestro era el dueño de los medios de elaboración de los bienes y, después del cambio, el comerciante sustituyó al maestro en el dominio de la empresa al transformarse en el propietario de las materias primas, del equipo tecnológico y del trabajo asalariado; y así fue como el maestro, desubicado en su antiguo *status* asumiría una función gerencial y técnica en la que se insinuaba la semilla de lo que en nuestro tiempo habría de caracterizar a un amplio sector de la nueva clase media. La relación comerciante-maestro fue muy similar a la que en el siglo XVIII, durante la primera revolución industrial, vinculó al patrón y al técnico en la operación fabril: se trató de una dependencia económica del maestro con respecto al comerciante y de una independencia en la adopción de decisiones en el ramo de la técnica, pero dentro del cuadro de una política manufacturera que ya no acataba los ordenamientos gremiales y sí el interés del nuevo capitalista.

Otra modalidad se halla en la posición del antiguo aprendiz. En la artesanía clásica el aprendiz ingresaba al taller como “un miembro de la familia” y su trabajo era canjeado por la instrucción, la protección personal y una expectativa de desvinculación del taller original y el establecimiento de una unidad propia de trabajo. La dependencia del aprendiz era eventual, y aunque muchos los obstáculos para quebrantarla —sobre todo el estricto control de los reglamentos gremiales—, el desprendimiento se entendió siempre como un derecho convenido con el maestro. En ocasiones se planteó una franca antinomia entre aprendices y maestros por las condiciones del trabajo de los primeros, y se originaron luchas violentas entre hermandades de aprendices y las organizaciones manipuladas por los maestros. Hay constancias de crueles represiones de miembros de las hermandades y de triunfos ocasionales en la reclamación de los derechos violados.

Desde el momento en que el comerciante gobernó en la artesanía, las tensiones se agudizaron por cuanto que el trabajo asalariado del obrero provocó, desde luego, conflictos con el quehacer del aprendiz y después, en el grado en que el papel de éste se identificara más y más con el del obrero, sus intereses tendieron a

confundirse en lo que representaban dentro de la oferta de trabajo y en la lucha común por conquistar ventajas en el desempeño de la función laboral.

Los cambios descritos impulsaron el nacimiento de estratos sociales no previstos en el sistema artesanal. El maestro y el aprendiz fueron investiduras que desaparecieron y el comerciante-patrón, el gerente técnico y el obrero, los suplentes de aquéllas. Claro es que los nuevos sujetos de las relaciones de producción se encontraban en un contexto más complejo que el anterior. El trabajador, por ejemplo, vendía su trabajo a cambio de un salario y su enajenación dependía de un sistema de distribución que atribuía la propiedad del producto al patrón en su calidad de dueño del equipo tecnológico y de las materias primas.

La necesidad de elevar la productividad impuso desde entonces una más profunda y variada especialización en las operaciones manufactureras y el trabajo calificado del obrero lo fue sujetando más a la dirección técnica, única que ahora vigilaría globalmente las distintas etapas de la elaboración del producto; y así fue como la división del trabajo introdujo la socialización en la producción que contrastaría con las normas de apropiación individual que normaban la distribución de la riqueza.

Agregaremos otros aspectos importantes en las metamorfosis que ocurrieron en la conformación de las ciudades. El florecimiento mercantil y la decadencia del feudo intensificaron las inmigraciones rurales y la explosión demográfica que se registró redujo los salarios y amplió los anillos de miseria que se adicionaron a las ciudades desde el nacimiento del capitalismo y en los que se cobijaría la subversión y la protesta manifiesta, sobre todo en las épocas en que los flujos de metales preciosos provenientes de América indujeron graves presiones inflacionarias y una consecuente elevación de los precios, como sucedió con cierta frecuencia en algunas ciudades renacentistas de Europa meridional.

El artesano, el comerciante y el banquero formaron la élite del capitalismo incipiente que se cultivaba en el burgo, y ellos serían los centros del desarrollo renacentista e industrial que propiciarían el desenvolvimiento castrence y sacerdotal y la aparición de los nuevos cortesanos adictos al ocio y la vida suntuaria. Así fue como se estableció una clase media entre la servidumbre y la nobleza, la burguesía, fincada en las modalidades de un sistema de producción extraño y opuesto

a las relaciones económicas propias de las unidades feudales.

La clase media de entonces desempeñaría una tarea esencialmente revolucionaria. La consolidación del comercio y la banca y la transformación de la artesanía en manufactura, la colocaron en los núcleos del poder económico de la época, cuya influencia en el poder político se advertiría desde luego. Valiéndose de un modelo muy simplificado, diríamos que la burguesía realizó tres operaciones fundamentales en el proceso que la llevó a la conquista del poder político. La primera fue su alianza con la nobleza feudal en la fundación de las monarquías nacionales que romperían la constelación de tributos y alcabalas del régimen feudal y harían posible la integración del mercado interno y la reorganización de las transacciones internacionales con base en los principios del mercantilismo, primero, y después dentro de los cauces sugeridos por la escuela liberal.

La oposición entre la soberanía popular como fuente del poder político y el tradicional derecho divino de los reyes, fue la segunda operación ejecutada por la antigua clase media. La burguesía no pudo acceder al poder político por la vía tradicional, que excluía al plebeyo, y elaboró y aplicó para lograrlo la doctrina democrática de la soberanía del pueblo. En Inglaterra la burguesía asumió el poder por la vía de una monarquía constitucional y de un parlamento instituido en nombre de la soberanía popular; la independencia norteamericana fue inspirada en la ideología de la clase media local; y en Francia se registró un abierto enfrentamiento entre burguesía y nobleza durante la revolución iniciada en 1789 y concluida con la victoria de la primera en la era napoleónica y después de la derrotada rebelión de las masas populares.

Despejados los grandes obstáculos sociales que frenaron el ascenso de la clase media, las transformaciones históricas de los siglos XVIII y XIX formaron los precedentes del establecimiento de la actual sociedad industrial avanzada.

La realidad histórica es mucho más compleja y rica que el esquema señalado; pero sin duda recoge algunas de las corrientes esenciales que cambiaron las estructuras rurales y manufactureras del pasado, por la organización urbana e industrial que comprende la relación imperio-colonia como un doble proceso en el que el subdesarrollo se contempla como un efecto del desarrollo y la abundancia metropolitana como una consecuencia de la pobreza colonial. Cuando la antigua clase

media rompió la circunscripción nacional y amplió sus sistemas productivos en otras naciones, se creó la constelación imperial que caracteriza nuestra historia.

El liberalismo y la crisis de 1929

La antigua clase media generó una ideología política que pronto fue incorporada en postulados teóricos, cuyos principios cabrían en los siguientes apartados: *a)* el trabajo humano es equiparado y agregado al flujo de las mercancías; *b)* es fundamental en la actividad humana la lucha económica; *c)* la competencia es considerada parte del orden social; *d)* la propiedad privada es una institución sagrada; y, *e)* la frugalidad y el ahorro son las virtudes supremas; ⁴ principios estos que sustentaron la conducta de la burguesía durante los siglos XVIII y XIX y las instituciones fundamentales que se instauraron durante el largo proceso del desarrollo capitalista.

La compenetración de ese legado ideológico en la sociedad británica hizo exclamar a Engels que Inglaterra era el país “más burgués entre todas las naciones” pues hasta su aristocracia y el propio proletariado mostraban cierto orgullo en exhibir su hondo aburguesamiento, y esta observación podría sin dificultad ampliarse a vastos sectores del mundo desarrollado y subdesarrollado del presente siglo.

El liberalismo tiene otras facetas que valdría la pena destacar.

La derrota de la nobleza y la toma del poder político por parte de la burguesía crearon un ambiente de inseguridad que fue necesario superar.

Las instituciones emergentes eran ensayos y tentativas que frecuentemente fracasaron en el propósito de resolver conflictos sociales y esta situación de inestabilidad no sustituía con éxito la aparente solidez perdida con la caída de la nobleza.

Fue necesario dotar al liberalismo de una fortaleza semejante a la alcanzada por las ciencias físicas en el siglo XVIII y equiparar el determinismo de la naturaleza con el orden social. Así sucedió cuando en la ideología de la clase media se concibieron las leyes económicas y sociales como normas ajenas a la libertad personal, y cuya vigencia no podría evitarse y sí acatarse en beneficio de la colectividad. El paso estaba dado. La sociedad no era ya una excepción en el cosmos como lo pretendieran los románticos de la vida humana.

⁴ Raynor, John. *Op. cit.*

El orden social comprendería relaciones sujetas a leyes sociales que la teoría descubriría en la misma forma que lo hacía la ciencia de la naturaleza. De esta manera se puso un punto final al intervencionismo de Estado propiciado por el mercantilismo y se buscó aislar el mundo de los negocios de la jurisdicción gubernamental, en ocasiones amenazada por las demandas populares. En aquel entonces la intromisión de la autoridad en los asuntos económicos representaba la intromisión de la nobleza en las actividades de la clase media, y esta situación tolerada en el nacimiento del capitalismo fue haciéndose intolerable en la medida en que la burguesía acrecentó su poder y entró en un conflicto definitivo con la corona.

La libertad de pensamiento y acción fue la bandera pregonada por el liberalismo como expresión de oposición a las restricciones feudales, tanto en materia política cuando en lo que hace a las transacciones del mercado.

La libertad significaba la libertad de la clase media en la adopción de decisiones mercantiles y políticas y para protegerla se construyó un andamiaje de categorías sociales semejante al que Newton edificó en la física. La política económica pertenecería así a la competencia de los particulares y el Estado se investiría de una función de vigilancia del *statu quo* que impediría cualquier interferencia que pusiera en peligro el espontáneo juego de las leyes sociales consagradas por la nueva "ciencia" liberal.

El problema de la injusticia se enfrentó en términos "fríos y objetivos" al considerarse que el reino de las leyes sociales florecería en el mejor de los mundos posibles donde la injusticia residual sería un hecho inevitable e insuperable para el hombre. Proceder a su eliminación, anotaron los liberales, significaría la anarquía y el caos en la vida colectiva.

En la concepción liberal, la política económica fue en realidad una política de producción y no de demanda, por estimarse que ésta se determinaría como un efecto automático de la primera; concepción que tuvo grandes consecuencias sociales.

Antes de la revolución industrial fue muy lento el progreso tecnológico. El aumento en la producción se apoyaba principalmente en el uso extensivo de la fuerza de trabajo y el incremento de la utilidad se fincaba en el deterioro de los salarios. Los obreros descubrieron pronto que la ideología liberal no los incluía en su hipótesis de progreso y advirtieron también que las "leyes sociales" funcionaban en forma de aumentar las ganan-

cias y distribuir el ingreso de manera muy inequitativa entre los grandes estratos de la población. Los menos percibían los mayores beneficios y los más las menores ventajas; relación inversa esta que no podría alterarse en "el mejor de los mundos posibles" sin quebrantar la armonía social postulada por el liberalismo clásico.

El deterioro en el ingreso de la mayoría originó la crisis del liberalismo democrático. En la historia del capitalismo se acreditó en poco tiempo que la soberanía popular se identificaba con la voluntad de la clase media dominante y que la representatividad democrática era un instrumento del dominio burgués.

La crisis del liberalismo, por otra parte, fue también un resultado de las contradicciones entre diversos grupos de la burguesía y de los grandes conflictos que se originaron en los principios del presente siglo. La Primera Guerra Mundial consolidó el capitalismo norteamericano y su creciente sistema de corporaciones financieras e industriales cuyos intereses se acataron en el Tratado de Versalles.

Las tecnologías descubiertas durante la guerra se aplicaron al desarrollo del equipo tecnológico de las grandes empresas y la productividad alcanzada generó un optimismo sin precedentes. Por ello fue que la crisis de 1929 emergió como un acontecimiento inesperado en las previsiones de la época. La prosperidad se transformó en desastre y el entusiasmo en desesperación, y fue indispensable elaborar una nueva teoría que garantizara la sobrevivencia del capitalismo ante el reto del socialismo establecido en el vasto territorio de los soviets.

La nueva clase media

En la segunda mitad del siglo XIX, que registró entre otros descubrimientos el de la electricidad como una fuente más de energía aplicada a la producción, la burguesía logró identificar con su interés de clase los centros económico y político del sistema de poder. El modelo de un mercado competitivo diseñado por el liberalismo clásico fue sustituido por las corporaciones monopólicas que cambiaron las relaciones económicas nacionales e internacionales y generaron nuevas formas en la sujeción colonial.

La antigua clase media ocupó desde luego los más altos *status* políticos que antes investían a la nobleza por virtud del ahora obsoleto "derecho divino de los reyes". La burguesía y el proletariado son hoy los grandes polos en la vida social, y el vacío dejado por

aquella ha sido cubierto primero lentamente y después de manera explosiva por un sector medio de la población que sólo en un sentido muy lato denominaríamos la nueva clase media. Convendrían sobre el particular algunas precisiones importantes.

A partir de Max Weber y entre lo apígonos de la sociología norteamericana, se ha pretendido cultivar una ciencia social que busca suplantar la concepción marxista de las clases por la idea de estratificación social. Con base en el manejo de dos categorías claves, el *status* y los roles, se modela la sociedad como un entrelazamiento de posiciones y funciones vinculadas entre sí, tanto al nivel de un solo estrato cuanto en el conjunto de la comunidad. Se define el estrato social como una agrupación de hombres comprendidos en una cierta categoría "statual", es decir, en una posición social que implica el desempeño de funciones que los distingue de otras agrupaciones, de tal modo que la clase vendría a resultar un mero subtipo entre los estratos que integran la sociedad; por tanto, como la propiedad esencial del estrato es su función, la clase social constituiría una subcategoría funcional dentro de un vasto número de constelaciones "statuales". El equilibrio colectivo y su evolución dependerían del coajuste de esas funciones y del nacimiento y cristalización de nuevas posiciones y roles en el conjunto de la sociedad.

La clase social sería una subcategoría definida por una función afirmativa de un equilibrio equivalente al mantenimiento del orden establecido o a su reforma progresiva, y de ninguna manera tal función implicaría la alteración radical y cualitativa de dicho orden. La disfunción se corregirá o eliminará para evitar el riesgo de la desintegración del sistema.

No es difícil comprender que en el modelo funcional de la sociedad hay una imbibita exclusión de la clase social como negación del *statu quo* y una aceptación expresa del papel conservador de la clase dominante. El marxismo, en verdad, concibe la clase en función de la posición que ocupa en las relaciones productivas; pero en tal concepto se halla incluida la idea de la historia como proceso de desenajenación y edificación de una sociedad justa y feliz. La clase social es el factor más dinámico en el cambio histórico y su propia conciencia supone el rompimiento cualitativo del equilibrio funcional al negar el orden establecido y sustituirlo por una organización más adecuada al desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas.

El juicio sociológico es la síntesis de tres juicios preliminares: el genético o causal, el empírico o factual y

el axiológico o valorativo, de tal modo que la sociología se plantea a sí misma como un conocimiento global de la sociedad que incluye las posibilidades negadas por el orden establecido y las considera en la perspectiva de los cambios por venir: aquí es donde la categoría de clase adquiere su pleno sentido como centro y agente de las antagonías históricas que subvertirían las instituciones y engendrarían el cambio por la realización de aquellas posibilidades subyacentes en las estructuras anteriores.

La doctrina funcionalista redujo el juicio sociológico a un mero empirismo descriptivo de los mecanismos formales de la sociedad en el marco de una situación dada, y de ahí que sea tan crítica de la génesis y la axiología como raíces del conocimiento social. Sin embargo, el integracionismo de la estratificación encuentra una provechosa ubicación gnoseológica cuando sus categorías —*status* y roles— se agregan al análisis de la organización interna y formal de las clases y de otros grupos que en la actualidad se hallan en el sector intermedio de la sociedad industrial, cuyas características los vinculan sólo indirectamente a las clases, y que se constituyen y estratifican en función de dichas categorías "statuales".

Como el sector medio no es propiamente una clase, hablar de clase media resulta una impropiedad que, a pesar de todo, tiene ahora carta de ciudadanía en la literatura sociológica y seguirá usándose con las restricciones que se han anotado. Valdría entonces preguntarnos por las funciones que ha desempeñado el sector medio de la sociedad.

La antigua clase media sí fue una clase en el sentido estricto del concepto. La burguesía ha cumplido una función histórica y dos roles sociales de indudable trascendencia. Su función histórica fue la sustitución de las relaciones feudales por las capitalistas y la exclusión de la nobleza en el sistema de poder; y en cuanto a los roles sociales cabría anotar, en primer lugar, la promoción del ascenso de grupos de estratos inferiores y la exportación de sus miembros selectos hacia las clases altas, y, en segundo lugar, la definición de una ideología, la liberal, cuya eficiencia declinó ante la instauración de la sociedad de alto consumo.⁵

Fue en la época del desarrollo de la burguesía, como lo hemos indicado antes, cuando se definieron aspectos importantes de la nueva clase media. El cambio de la artesanía a la manufactura transformó al antiguo maes-

⁵ Ver. Raynor. *Op. cit.*; pp. 3 y 4.

tro en un director técnico de la producción; su posición era dependiente e independiente a la vez desde el punto de vista de su sujeción económica y de la libertad que ejercía al decidir cuestiones técnicas; y esto último lo diferenciaba del obrero al ocupar una jerarquía distinta dentro de la empresa. Así, el antiguo maestro del gremio se inserta en un nivel intermedio en la sociedad de su época e ingresa al sector que ahora denominamos la nueva clase media. Su posición como técnico le permitía compartir algunos de los beneficios del sistema, al percibir mejores ingresos y disfrutar de más altos consumos. Esta fue la situación que inclinó a los técnicos de la clase media hacia la ideología conservadora y en contra de la rebeldía del trabajador; mas hay que acentuar excepciones en los casos en que predominaron razones morales y religiosas y la crítica intelectual de un sistema que mostrara el positivo valor de la disensión obrera.

La expansión del capitalismo incrementó la magnitud del sector intermedio que se sumó a los saldos de la antigua clase media formados por grupos artesanales, pequeños comerciantes, profesionales, pensadores y artistas, que no podrían confundirse con la burguesía en ascenso.

En las grandes ciudades-estados del renacimiento, los sectores medios fueron importantes en el total de la población y como portadores de la cultura y la técnica se sumaron en ocasiones a las rebeliones populares que se registraron en Venecia, Florencia y otros lugares de Italia, los Países Bajos, España y Francia, por ejemplo. Pero hasta la revolución industrial en Inglaterra y en los países de Europa Occidental, la nueva clase media adquirió un claro perfil cualitativo y cuantitativo. Las innovaciones tecnológicas, los métodos de producción en serie y una más compleja división del trabajo junto con el aumento en la demanda, multiplicaron la necesidad de insumos tecnológicos y de mano de obra calificada para satisfacer los requerimientos derivados de los cambios que ocurrieron en la estructura nacional e internacional del comercio. La aparición de las fábricas aceleró los efectos de la revolución industrial y así fue como el aparato educativo del siglo XVIII tuvo que adaptar sus métodos de enseñanza a la rápida calificación de la fuerza de trabajo, a la promoción de nuevas tecnologías y a la capacitación de amplios grupos de la población solicitados en la operación laboral y en las actividades gerenciales; y en este clima el nuevo sector intermedio creció como un estrato "desclasado" y sujeto a las presiones de los antagonismos de las ver-

daderas clases sociales. La adhesión de los miembros de la clase media a las ideologías obreras y campesinas ya no era excepcional. En Europa y América del Norte se desarrollaron movimientos populistas contra las grandes corporaciones monopólicas que agruparon a trabajadores, campesinos, intelectuales y profesionistas en una actitud crítica del capitalismo imperante que generó frecuentes movimientos de protesta e ilusas remodelaciones de la convivencia humana en las utopías del romanticismo social.

En las últimas décadas del siglo pasado y las primeras del presente, ocurrieron dos hechos que influyeron en el perfil de la nueva clase media. Hacia 1870 los monopolios borraron las débiles huellas de la economía competitiva del pasado. La industria se concentró en negociaciones que ahora operan en escala mundial con la organización de las sociedades por acciones para allegarse enormes sumas de capital monetario y diversificar sus actividades dentro de un sistema de control que las jerarquiza en función de la optimización de la producción y comercialización del producto. La complejidad de estas estructuras monopólicas introdujo radicales cambios en la empresa. El antiguo *status* patronal desapareció entre la masa de acciones preferentes y anónimas y el poder de decisión pasó a la tecnoestructura.⁶ El cambio cualitativo del sistema empresarial conllevaba la aplicación de ciencias y tecnologías muy ligadas con los procesos de producción en gran escala, como el análisis de operaciones y la prospección matemática, y con la inducción y expansión de una demanda excedente y sobreimpuesta en un mercado controlado por los medios de comunicación colectiva. En este campo, propio de la psicología social, se propició desde el principio una manipulación en la estructura de necesidades y expectativas de la población para adecuarla a los intereses específicos de la producción monopólica.

Después de la Primera Guerra Mundial y a pesar de la victoria socialista de 1917 en Rusia, el capitalismo mundial y singularmente el estadounidense alcanzó muy elevados niveles de desarrollo, sin precedentes en el pasado, y tan desconcertantes y artificiosos que en 1929 concluyeron en la Gran Depresión precisamente en los momentos en que el sistema mostraba los más optimistas síntomas de una excelente salud.

⁶ El concepto y la significación de la tecnoestructura fueron estudiados por J. K. Galbraith en *The New Industrial State*, Boston, Houghton Mifflin Co., 1967.

En los dos lustros que siguieron a la iniciación de la crisis se descubrieron los instrumentos teóricos y prácticos para tonificar el capitalismo y asegurar su sobrevivencia ante la alternativa socialista. La política de recuperación implantada por la administración de Franklin D. Roosevelt en los Estados Unidos⁷ y la posterior teorización de Keynes sobre las condiciones del empleo pleno, sentaron las bases para fundar una sólida estrategia anticíclica. No es cierto, se advirtió entonces, que la sola política de producción genere una adecuada demanda; para conservar el equilibrio en el mercado e incrementar las transacciones sin riesgo de quebrantar tal simetría, debería montarse a la vez una política de producción y de demanda e intervenir, para el efecto, en los mecanismos de la distribución del ingreso, con el objeto de armonizar la oferta y la demanda, evitar la sobreproducción y restringir la inflación y el desempleo.⁸ Estas bases soportaron y alentaron la continuidad capitalista y como un efecto de la mejor distribución de la renta se inició el explosivo crecimiento de una nueva clase media y el ascenso de amplios y selectos grupos del proletariado hacia *status* propios de los sectores intermedios.

Es a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial cuando el fenómeno de la clase media se plantea claramente en la preocupación sociológica.

Hans Peter Dreitzel apunta, por ejemplo, que la clase media de hoy es el receptáculo y fermento del conocimiento científico y tecnológico en que se sustenta el progreso mundial, por cuanto que estas disciplinas constituyen el factor con mayor peso específico en el aumento del ingreso. La llamada "industria del conocimiento" significa en los Estados Unidos el 29% del producto nacional y es la rama con más rápido crecimiento entre los sectores económicos.⁹

Además, el citado autor acota las dimensiones demográficas alcanzadas por la clase media en los países avanzados. En los Estados Unidos ha superado a la población obrera y se halla infiltrada en todos los

⁷ La política de New Deal ofrecida por Roosevelt al pueblo americano en 1933 encontró su fundamento jurídico en el conjunto de leyes que aprobó el Congreso de los Estados Unidos entre marzo y junio de 1933 y que se decretaron con el propósito de alentar una inmediata reconversión de la agonizante economía norteamericana.

⁸ Ver H. L. McCracken, *Keynesian Economics in the Stream of Economic Thought*, Louisiana, Louisiana State University Press, 1961, pp. 3-30.

⁹ *Recent Sociology*, London, The Macmillan Co., 1969, pp. XIII, XIV y XV.

niveles de las estructuras de decisión en las instituciones públicas y privadas. Por último, se analiza con el mayor cuidado la característica más preocupante de la clase media: su aparente función desintensificadora de la antinomia clasista, en la medida en que el *status* que ocupa se ha transformado en una categoría receptora de una creciente porción de los beneficios materiales y culturales que genera el sistema desde el momento en que la conservación del capitalismo y la optimización de su productividad se garantizan en una "eficiente" distribución de la renta.

El modelo de una "clase media confortable", que se muestra en la sociedad industrial avanzada, busca transplantarse en las naciones atrasadas como un mecanismo de amortiguación y freno de la disensión y crítica de un proceso de colonización que originó y difunde el subdesarrollo.

El impulso centrífugo en la exportación del citado modelo no obedece a un acto gracioso de la política mundial; por el contrario, su transferencia obedecería a la necesidad de dispersar los factores de ampliación de los mercados coloniales e incrementar el consumo de un sector apreciable —la clase media— de su población. En esta política, cuenta la idoneidad de los grupos "desclasados" de la sociedad subdesarrollada para adoptar patrones de conducta que idealicen los que son propios de la conciencia imperial.

Así se lograría una especie de conciliación entre la conciencia colonial y la imperial y una correlativa y aparente suspensión en su intrínseca contradicción.

La manipulación de la clase media como alternativa del socialismo en los países avanzados, condujo a Sartre a una conclusión interesante. La posibilidad de desintensificar la lucha de clases en las naciones industrializadas, por la política de extensión de los estratos medios, aceleraría la antinomia a nivel de la relación imperio-colonia por la inevitable depauperización de la población colonial que agudizaría la crisis del sistema,¹⁰ sugiriéndose un escollo teórico a la tesis de la suspensión del conflicto colonial por la exportación del "modelo de la clase media confortable".

Mientras algunos proponen una cuidadosa revisión del marxismo clásico con motivo de los problemas que plantea la nueva clase media,¹¹ Marcuse encuentra

¹⁰ Bondy, François. "Jean Paul Sartre", en *The New Left* (Ed. Maurice Croston), London, The Bodley Head, 1970, pp. 51 y ss.

¹¹ Véase N. Birnbaum, "The Crisis in Marxist Sociology" en *Recent Sociology*, *op. cit.*, p. 13.

que la mitigada contradicción clasista se realentaría en el instante en que los grupos marginales logren despertar la conciencia del proletariado contemporáneo.

Sólo se han analizado algunos aspectos de las categorías que hoy se manejan en el estudio de la clase

media; otros muchos quedaron pendientes de nuevos y más profundos análisis; pero es indudable que estas meditaciones son alentadoras y sugerentes en los propósitos de esclarecer los más vivos temas que enfrenta la sociología de nuestro tiempo.